



CRÓNICA BASCONGADA⁽¹⁾

La Historia de Bizcaya, del Doctor Labayru

« Dejemos á las hojas diarias que llenen sus columnas con la relación de incidentes y episodios de la lucha electoral, á propósito para encender los ánimos y enardecer las pasiones de las gentes.

Dejémoslas que examinen las excelencias y defectos de cada candidato y las probabilidades con que cuenta para lograr el apetecido triunfo, aún á costa de no pequeños sacrificios y de poner más de una vez en dura prueba el amor propio.

Y abandonando ese campo en que el tumulto de la pelen aturde los oídos y ciega los ojos con el estruendo que produce y la polvareda que

(1) Por referirse á una obra de muy grande importancia, y por no haber visto la luz más que en una publicación barcelonesa que dejó ya de existir, y nunca logró ser muy conocida en este país, hemos creído deber reproducir el presente artículo que fué escrito para la Revista Hispania, á pesar de nuestro propósito de no dar cabida, á ser posible, más que á trabajos originales.

levanta, hablemos de cosas más serenas y más nobles, y ¿por qué no decirlo? á la larga de no menos trascendencia para el país.

Porque no cabe negarlo: pasarán las elecciones, se amortiguará la agitación intensa que originan, se irá olvidando hasta su recuerdo cuando fenezcan las Cortes que ahora van á ser elegidas, y la vertiginosa rapidez con que aquí se suceden los cambios de Gobierno y se verifican las transformaciones políticas, hará encerrar en el panteón del olvido cosas que ahora nos parecen, ó parecen á muchos, de capitalísima importancia; pero lo que se trabaje en pro de la cultura, los descubrimientos que se efectuen, las nuevas y fecundas direcciones que se marquen á las letras y las artes, las averiguaciones felices que se consigan en el campo de los estudios históricos, cuanto, en suma, contribuya a ensanchar y elevar la vida del espíritu y á satisfacer la sed de lo ideal que aqueja á las almas nobles á quienes no bastan las ruines y mezquinas vulgaridades de la vida, todo eso con deslizarse ahora inadvertidamente y sin ruido, ni ostentación alguna, logrará en las páginas del gran libro de los tiempos aquella inmortalidad que alcanzan los hechos dignos de esculpirse en los mármoles y bronces de la historia.

Los periódicos de información, para valernos de la frase sancionada por el uso, apenas si tienen tiempo más que para examinar, cada cual desde su particular punto de vista, la agitación electoral en que, casi sin intermitencias, vivimos desde hace dos meses en el país basco: y por eso, sin duda, no han podido dedicar el espacio y la atención que esas luchas electorales les absorben, á poner en su punto la importancia de una obra como la que realiza el erudito cronista honorario de este Señorío Doctor D. Estanislao Jaime de Labayru, al dar cima á su Historia general de Bizcaya, cuyo sexto y último volumen se ha publicado recientemente.

Por más que esté desterrado del uso vulgar y cotidiano, y en la prensa de nuestros días no aparezca sino rara vez, no podemos menos de estampar aquí el calificativo de formidable que se nos viene á los puntos de la pluma al tratar de la Historia del Sr. Labayru.

Lo es, ciertamente, no sólo por su extensión (seis volúmenes en folio de más de 800 páginas cada uno), sino por la labor que representa, por el esfuerzo hercúleo que supone en un hombre que, sin desatender los deberes de su ministerio sacerdotal, ha logrado acopiar, mediante investigaciones pacientes y bien encaminadas aquella suma inmensa de datos, muchos de ellos desconocidos antes de ahora, pasarlos por el

crisol de la crítica, examinarlos á la luz de la verdad y consignarlos honrada y noblemente en su libro, sin considerar si favorecen á éste ó dañan al de más allá ni tener otro norte ni otra mira que la aspiración de cumplir aquellos deberes que marcó á los historiadores el grande orador romano cuando les exigió que la escribiesen *sine ira et studio*, con rectitud para no estampar nada falso, *ne quid falsi dicere audeat*, y con valor y brío para no callar lo verdadero, *ne quid veri non audeat*.

Cuando la historia se escribe así, con esta ejemplar imparcialidad, se impone al respeto de todos los espíritus cultos, aún cuando las conclusiones de In obra no les satisfagan, ni las cualidades del estilo y el encanto y amenidad de la narración, sorprendan ni maravillen á nadie.

«La historia sería historia —dijeron profundo sentido Polibio— aún cuando estuviese desnuda de los adornos que pueden embellecerla; pero deja de serlo en el instante mismo en que se aparta un solo punto de la verdad.»

Este amor á la verdad encarecido por los tratadistas, resplandece en altísimo grado en la obra de que vengo hablando, y eso mismo aumenta su utilidad.

Podrán tacharse, ora de incompletas, ora de erróneas, ora de importunas, ciertas noticias contenidas en el volumen primero, que es, sin duda alguna, el más flojo y defectuoso de toda la Historia, y el de más difícil desempeño, por referirse á las épocas más remotas de la vida del pueblo basco, tan poco esclarecidas todavía y tan sujetas á continuas rectificaciones; pero desde que se entra en plena Edad Media y comienzan á acudir documentos á los reclamos del investigador, que los solicita con afán indeficiente y con aquella paciencia continua y sin desmayos, indispensable para la ejecución de las grandes empresas, los descubrimientos son muchos las noticias cada vez más valiosas y abundantes, y del fondo oscuro en que yacían ignorados, surgen á la luz no pocos aspectos de la vida bizcaína, como para recompensar la sed de lo verdadero que ha sido movil principal de labor tan ardua y penosa.

Se nos dirá que esta obra tan importante y benemérita, por la forma en que ha sido concebida y ejecutada, más que Historia de Bizcaya, orgánicamente compuesta, es recopilación de materiales para escribirla.

Se nos dirá acaso que, para ponerse al nivel de ciertas producciones que han cultivado el aplauso incondicional de nuestros contemporáneos,

le falta la viveza y colorido que resalta en las narraciones animadas de los grandes autores de la escuela descriptiva, romántica y pintoresca; el brio y fuerza sintética de los libros que salieron de manos de Quadrado y de otros espíritus como el suyo, dotados de un admirable poder de condensación y de cierta iluminación de vidente que penetraen su mirada escrutadora hasta las entrañas mismas del pueblo cuyas vicisitudes trata de relatar, y la profundidad psicológica de algunos críticos que, siguiendo la senda trazada por Taine, y exagerándola acaso, someten á severo examen las concordancias entre el hombre y el paisaje y estudian las influencias que se desenvuelven en torno de los individuos y de las sociedades, para encarrilar sus impulsos y modificarlos no pocas veces.

Pero aún concediendo todo esto, pira que no se nos tenga por alabadores incondicionales ni por ciegos y desafortados panegiristas, aún así queda á la obra del Sr. Labayru un mérito positivo y eminente que nadie se atreverá á regatear en justicia: el mérito de ser, al presente, libro insustituible y es más, el de llevar á cabo la única labor que actualmente cabía realizar en punto á historia de Bizcaya.

Todas esas narraciones animadas y pintorescas, en que la pluma compete con el pincel, y no pocas veces le vence; todas esas síntesis luminosas y exactas, reservadas á quien recibió de lo alto dotes no muy inferiores á las del genio; todos esos estudios de psicología étnica y de deslinde de razas, de influencias y de medios, pueden venir y vendrán seguramente después, merced á hallarse el camino preparado por trabajos como el del Sr. Labayru, sin cuyas investigaciones pacientes y bien aderezadas, aquellas labores hubiesen resultado prematuras, y no conducirían más que á falsear los hechos históricos y á interpretarlos arbitrariamente contribuyendo así al extravío de la conciencia pública y retardando el esclarecimiento de la verdad, y la reproducción lo más exacta y lo más íntegra que sea posible, de la vida de las generaciones que pasaron por el suelo de Bizcaya durante el curso de las edades, en toda su variedad y plenitud orgánica.

Más fácil tarea que la de llevar á cabo empresa de tantos alientos como la varonilmente acometida y ejecutada por el Sr. Labayru, es la de notar los defectos que se encuentran en obra tan extensa y compleja y que abarca tantos y tan diversos asuntos.

¿Quién podría vanagloriarse de alcanzar la perfección, negada siempre á los humanos, en labor tan erizada de dificultades y tan magna para las fuerzas de un solo hombre, que trabaja en un ambiente poco

propicio á estos generosos esfuerzos del espíritu, que se desvive por desentrañar el misterio de las edades pretéritas y mostrarlo á nuestros ojos rodeado de luz resplandeciente que rasgue las nieblas en que hasta la fecha se envolvió?

Para apreciar hasta qué punto es laudable y meritoria y digna de excepcional encomio la obra que nos ocupa, no hay más que compararla con las que le han precedido, y examinar, siquiera someramente, lo que gana á todas ellas en copia de noticias, en amplitud de materias, en descubrimiento de datos ignorados, en vulgarización de documentos inéditos y curiosos, y hasta en imparcialidad y severidad crítica, incompatible con toda patraña, por halagüeña y patriótica que parezca, y aún con toda leyenda que no sea vestidura poética y atractiva de un hecho fundamentalmente histórico y real.

Dos grandes amores han dado vida á la erudita Historia del cronista honorario de Bizcaya: el amor á la verdad y el amor á la patria; pero jamás se han visto estos dos nobilísimos afectos en ocasión de pelea para el honrado y sincero historiador, que los considera siempre armónicos y entiende que la mejor manera de servir á la tierra en que uno nacido y á la raza de que procede, es despojándolas de los vanos atavíos con que la mentira pretendió adornarlas, y no dejándolas para su ornato y realce de su hermosura, mas que los puros é inapagables resplandores de la verdad, que son, en su sencillez, los más majestuosos y los más eternos.

Si alguna vez sus páginas toman apariencia y color de alegato, es porque lo exige la divulgación de errores históricos que es preciso rebatir si la verdad se ha de abrir paso y resplandecer en su punto, libre de los disfraces que antes intentaron desfigurarla y desligada de preocupaciones encaminadas á interpretarla caprichosamente.

Para que esta serenidad no le falte y para que el hervor del tumulto en que se agita la vida moderna no empañe sus ojos y le impida la visión de cosas y personas, tales cuales son, el Sr. Labayru ha creído prudente dar por terminada su obra cuando la narración de los sucesos llega al año de 1800, pues entiende, por lo visto, que respecto á los hechos acaecidos en el siglo XIX no es posible escribir todavía con aquella especie de impersonalidad, con aquel alto desinterés con que se contempla lo que ocurrió en épocas remotas, sobre las cuales cabe únicamente ejercer el juicio que, en todo el rigor de la palabra, puede llamarse histórico.

En cierto sentido, aún no somos posteridad para juzgar el siglo XIX.

Lo tenemos demasiado cerca de nosotros, nos hemos visto envueltos en los acontecimientos que ha presenciado, ó hemos experimentado muy á lo vivo sus consecuencias, para que nuestras pasiones no se exciten y embravezcan, cuando se toca, con toda la prudencia y discreción que se quiera, á aquellas cuestiones que, si al parecer no son ya candentes, y hasta se diría que estrán apagadas, todavía guardan el mal extinguido rescoldo que levanta lumbre en cuanto alguien se ponga a aventar y remover las cenizas que lo ocultan.

De igual criterio participaba uno de los predecesores más ilustres del Sr. Labayru: el docto Padre de Provincia D. Fidel de Sagarminaga, cuya obra sobre El Gobierno y régimen foral del Señorío de Bizcaya comienza en el reinado de Felipe II y cesa en cuanto se declara la mayoría de edad de Isabel II.

Esta extensa y nutrida monografía, que es de muy alta importancia, no obstante la modestia con que está presentada como mera relación cronológica de extractos de acuerdos por las Juntas y el Regimiento general del Señorío, ha sido de las que más utilidad han prestado al señor Labayru para la realización del generoso empeño que le movió á dejar condensado, en páginas impresas que pasaran á la posteridad, el resultado de sus infatigables tareas de exploración histórica, encaminadas á investigar cuanto fuese posible de la vida y hechos de los antiguos bizcaínos y de las vicisitudes que atravesó el noble solar que tiene el símbolo de sus tradiciones, de sus recuerdos y de sus esperanzas en el Arbol de Guernica, venerado por el pueblo y enaltecido por la fama, saludado por un Convencional como padre de los árboles de la libertad, y cantado por Wordsworth, con entusiasmo casi religioso, en uno de sus sonetos.

El Sr. Labayru, con la probidad ejemplar que le distingue, reconoce noblemente lo que debe á la honrada y provechosa labor del Sr. Sagarminaga, á quien la intervención que tuvo, muy capital por cierto, en sucesos transcendentales de la historia de nuestro régimen privativo, jamás le hizo desviar en un ápice cuando consagraba su inteligencia clara y penetrante al esclarecimiento de cosas pasadas, del camino que conduce á la averiguación de la verdad.

Como las modificaciones introducidas en el gobierno y administración del Señorío de Bizcaya, han sido más que nunca profundas y sustanciales desde el reinado de D.^a Isabel II, el Sr. Sagarminaga no creyó

oportuno, á pesar de la serenidad de su juicio, relatar en su libro ninguno de los acuerdos adoptados por las Juntas y Corporaciones forales desde mediados del siglo pasado.

Pero todavía ha sido más escrupuloso en esa parte el señor Labayru, quien, como ya liemos advertido, entiende que debe excluir del plan y traza de su Historia todo cuanto ha acaecido en la última centuria.

Y dada la índole de su obra y la complejidad de materias que esta abarca, creemos que ha procedido discreta y sabiamente el docto y respetable autor, porque realmente es difícil, por no decir imposible, anticiparse todavía á los juicios de la posteridad, y sin dejarse arrastrar por pasión ninguna, establecer la verdad histórica acerca de hechos muy graves y transcendentales acontecidos en el siglo que acaba de finalizar.

Merced á las investigaciones del Sr. Labayru, se han puesto en su debida luz sucesos muy controvertidos sobre los cuales se habían emitido opiniones diversas por los historiadores; se ha dado á las prensas por primera vez el texto íntegro del curiosísimo Fuero Viejo de 1452; han pasado á ser del dominio público documentos que aclaran no pocos particulares de la vida bizcaína; se han exhumado cronicones antiguos como el de Fray Martín de Coscojales, que se habían citado con mucha frecuencia, pero que no se habían dado á conocer ni siquiera en su parte substancial, como lo ha hecho el autor de la Historia de que venimos hablando, y se han vulgarizado los nombres oscuros y modestísimos de artistas euskaldunas, especialmente escultores é imagineros, que emplearon sus facultades más ó menos sobresalientes en adornar con efigies y retablos las amplias y numerosas iglesias de la región bascongada, de las cuales dijo un escritor exquisito, nacido para la percepción de la belleza ideal, y apto, como pocos, para expresar delicadamente lo que la contemplación de la hermosura sugería á su alma de poeta, que parecía qque había medido las dimensiones de esos templos, no el cálculo, sino el sentido estético cristiano.

De toda la utilidad que puede sacarse de esa Historia para la ejecución de trabajos de diversa índole que vayan recorriendo de día en día el velo que oculta muchos y muy variados episodios desarrollados en Bizcaya, todavía sería prematuro hablar.

Probablemente superará á cuanto hoy pudiera pronosticarse. Estas crónicas extensas y minuciosas en que se apura el pormenor y el detalle, aunque no se trate de individualizarlo ni se ponga grande empeño

en pintarlo con su propio y genuino color, encierran siempre una virtualidad profunda y sugestiva y sirven para despertar á veces, aún después que han transcurrido siglos, el instinto adivinatorio y la fantasía reconstructiva de un artista de genio que sabe presentar á nuestros ojos henchido de vida, el cuadro cuyos principales datos consignó únicamente la primitiva narración.

No hizo otra cosa el espíritu sagacísimo de Agustín Thierry cuando, sobre la Crónica de San Gregorio de Tours, levantó la maravillosa fábrica de sus Relatos merovingios.

Allí estaba la narración del Turonense, conocida por cuantos trataron de la historia de los francos; pero nadie había sabido ver en ella lo que, con su intuición admirable de artista, descubrió el ilustre autor de la Conquista de Inglaterra por los Normandos.

Muchas de las afirmaciones que se han emitido por unos y por otros, con precipitación nada laudable, sobre puntos de historia relativos al pueblo basco, han pasado en autoridad de cosa juzgada, porque nadie se tomó la molestia de traerlas á juicio y someterlas á esa especie de revisión perpetua á que están sujetos los sucesos históricos.

De aquí la imporrancia capital y el valor extraordinario de aquellas obras en que la relación de cada hecho se acompaña de la prueba documental correspondiente, y se traza así la historia con el testimonio, por todo extremo valioso y atendible, de los mismos que la elaboraron.

Tal es el procedimiento que ha seguido el Sr. Labayru, y por más que sea evidente que no está toda la historia en los documentos, y que los de caracter oficial adolecen de cierta uniformidad incolora y de no escasos convencionalismos que atenuan el relieve de la verdad, cuando no la disfrazan, tampoco puede negarse que es imposible escribir historia alguna digna de tal nombre, sin la ayuda de esos papeles, cuyas mentiras, por su misma transparencia, pocas veces descaminan á quien tenga los ojos y el espíritu muy abiertos á la contemplación serena de las cosas, é iluminados por el resplandor penetrante de la crítica, que enseña á distinguir entre lo cierto y lo dudoso, entre lo fantástico y lo real.

El autor de la Historia de Bizcaya ofreció al principio de su obra que dedicaría un tomo aparte á la evocación de los méritos que han adornado á los hijos ilustres del Señorío.

Esperamos que cumplirá su ofrecimiento; porque, sin incurrir en

las exageraciones de Herbert Spencer, á cuyos ojos el grande hombre no es más que un producto de la naturaleza exterior y de circunstancias especiales y extrínsecas, no cabe negar que la personalidad de los grandes hombres depende también hasta cierto punto de la raza de que proceden, de la época en que han nacido, del suelo en que vivieron, del ambiente en que sus facultades lograron desenvolverse, y de la mayor ó menor facilidad que encontraron para su desarrollo.

La historia de los hombres ilustres interesa por lo mismo vivamente á la historia del pueblo que se enorgullece de tenerlos por hijos.

Si el señor Labayru se decide á comunicar al público lo que en sus incesantes lecturas de libros y papeles viejos haya logrado averiguar acerca de los hijos preclaros que ha tenido Bizcaya en la sucesión de los siglos, prestará á su país un servicio muy digno de loa y de gratitud sincera.

Y si de esta evocación de personajes que descuellan sobre la masa anónima, no excluye á los modestos pero utilísimos que contribuyeron á la adopción de algún provechoso invento, ó mejoraron la condición y la vida de sus paisanos, su acción será todavía más plausible y meritoria, porque como dijo Lord Macaulay en uno de sus brillantísimos Ensayos, mientras en las historias se refieren con minuciosa prolijidad las conspiraciones y las escaramuzas, y son popularísimos los nombres de príncipes y embajadores, y todos los niños saben de coro las fechas y las aventuras de una prolongada serie de reyes bárbaros, yace enterrado en el silencio y el olvido el recuerdo de grandes bienhechores de la humanidad, privados, por esa causa, de disfrutar de la gloria que les corresponde por derecho.

Cumpla ó no cumpla el Sr. Labayru su promesa de dar al público, como terminación y coronamiento de su empresa, una galería de hijos ilustres de este noble solar, es evidente que ni cuando memoria quede ya de las contiendas electorales que actualmente caldean los ánimos de mis paisanos, todavía la Historia del cronista honorario de Bizcaya seguirá suministrando materia de investigación y de estudio á los espíritus sedientos de la verdad, amigos de leer en lo pasado.

¡Y quién sabe las lecciones útiles y provechosas que, aún para las lecciones ordinarias de la vida, podrán sacar de ese estudio!

Las enseñanzas de la experiencia son siempre fecundas, y la historia no es más que la experiencia prolongada á través de los siglos.

Sus enseñanzas pueden ser tanto más beneficiosas, cuanto en cierto

sentido no debe haber inconveniente en reconocer con Freeman (1) que las líneas de demarcación trazadas por los cálculos de los cronólogos, no tienen más que un valor formal y puramente pedagógico, porque cada período está virtualmente contenido en el que le precede, y vuelve á encontrarse reproducido en el que le sigue.

Ni nosotros podemos romper los lazos que nos ligan con nuestros padres, ni nuestros hijos podrán deshacer el vínculo que les una con nosotros.

CARMELO DE ECHEGARAY.

Guernica, Abril de 1903.»



(1) FREEMAN, The methods of historical study.